

aquellos crímenes habian sido tanto más atroces, cuanto que en Lyon, el partido de Chalier, reconociéndose más débil y más expuesto, se veia forzado á infundir terror para ser obedecido. Entre Paris y Lyon habia una gran emulacion por derramar sangre.

Al siguiente dia de los asesinatos de Setiembre, un corto número de asesinos, acompañado de una turba de muchachos y de mujerzuelas, se dirigió al castillo de Pierre-Cise. Allí degollaron once oficiales del regimiento Real de Polonia, presos el dia anterior como sospechosos de realismo. En vano una jóven tan valiente como hermosa, la señorita de Bellecice, hija del gobernador del fuerte, se precipitó entre el pueblo y las víctimas, hiriéndose ella misma por apartar los sables y las picas de los cuerpos de los presos; en vano el corregidor de Lyon, Vitet, hombre de ardientes principios, pero de conciencia y de un corazon humano, habia acudido con algunos granaderos adictos y habia empleado para libertar á los presos, ora las súplicas, ora las amenazas: los umbrales de todas las cárceles de Lyon habian quedado sembrados de cadáveres, que colgados al dia siguiente en las ramas de los árboles y en el paseo público de Bellecour, habian sido encadenados unos á otros, formando con sus miembros una especie de horrosas guirnalda que debian infundir el espanto en los barrios de los aristócratas. Al mismo tiempo los comisarios del club de los Franciscanos de Paris, entre los cuales se distinguia Huguenin, el orador del 20 de Junio, habian ido allí para animar la tibieza del club central de Lyon. El populacho habia robado los almacenes y regularizado la expoliacion, nombrando comisionados para el pillaje. La municipalidad, dividida en dos partidos casi iguales, y cuyas resoluciones daban simultáneamente fuerza al orden y ánimo al desorden, se habia convertido en juguete del club central, en donde reinaba Chalier. Este, Laussel su cómplice, clérigo incestuoso que se habia casado con su propia hermana; Roullot, miembro de la municipalidad, y en fin, Cusset, electo diputado de la Convencion, predicaban públicamente los dogmas de la ley agraria y del vandalismo. «Ha llegado el tiempo—decian—en que debe cumplirse esta profecía: Los ricos serán despojados y los pobres enriquecidos.» «Si al pueblo le falta su subsistencia,—proclamaba Tarpan,—que se aproveche del derecho que le da su miseria para apoderarse de los bienes de los ricos.» «¿Que-reis—escribia Cusset—una palabra que pague todo lo que os hace falta en Lyon? *Morid ó matad.*»

## XIX

Para dar á estas excitaciones la autoridad del terror, aquellos hombres habian hecho traer una guillotina de Paris, estableciéndola en la plaza de Bellecour para que el instrumento recordase el suplicio. Los girondinos, para moderar este delirio, habian vuelto á mandar á su colega y amigo Vitet á Lyon. Vitet se presentó al club central y le arengó con la varonil severidad de un ciudadano que trata de convencer á los facciosos ántes de herirlos. El club le habia cubierto de desprecios y de ultrajes. «Ha llegado el dia de la venganza,—exclamó Chalier;—quinientas cabezas hay entre nosotros que merecen la misma suerte que el tirano. Yo os daré la lista, y no tendreis más que herir.» Entónces propuso el establecimiento de un tribunal revolucionario, y despues, tomando un crucifijo, exclamó: «No es sufi-

ciente haber dado muerte al tirano de los cuerpos; es menester destronar al tirano de las almas». Y rompiendo el crucifijo, lo pisoteó. Desde allí, conduciendo el tropel de sus sectarios á la plaza de Terreaux, Chalier les hizo jurar delante del árbol de la libertad el exterminio de los aristócratas, de los rolandistas, de los moderados, de los agiotistas, de los monopolistas y de los sacerdotes.

La municipalidad, subyugada por un momento al club central, imitó, á petición de éste, las visitas domiciliarias, preludeo del 2 de Setiembre, y confió á los comisionados del club el cuidado de señalar á los sospechosos. La ciudad entera estaba en poder de una facción de Catilinas subalternos. Un hombre solo, que fué el corregidor Niviere, que habia sucedido á Vitet, contuvo con la intrepidez de un magistrado antiguo la audacia de los sediciosos, y calmó la desesperacion de los hombres de bien. Niviere sabía que Chalier y Laussel habian reunido por la noche su sesion, nombrado un tribunal revolucionario secreto, preparado la guillotina, escogido el sitio para las ejecuciones en uno de los puentes del Ródano desde donde se precipitarían los cadáveres al agua, hecho listas de proscripción, y que á no haber suficiente número de ejecutores, Laussel habia dicho: «Todo el mundo debe ser verdugo: la guillotina cae por su propio peso».

Algunos testigos de la conjuración, indignados al oír tales palabras, se habian escapado del conciliábulo, y habiendo divulgado el plan de Chalier, Niviere situó en derredor de la casa de ayuntamiento algunos batallones y ocho piezas de artillería. La primera cabeza señalada al furor de los asesinos era la de este generoso magistrado. El se la jugaba por la libertad de su patria, y su firmeza impuso á los facciosos.

«Retirémonos, se ha desgraciado el golpe», —exclamó Chalier al encontrarse con aquellos batallones y con aquellos cañones formados en batalla en la casa del ayuntamiento. Despues de este triunfo, Niviere volvió á entrar en las filas de los simples ciudadanos; pero reelegido en seguida por ocho mil sufragios entre nueve mil votantes, volvió á tomar el mando de la ciudad, en medio de las aclamaciones de los propietarios.

## XX

El partido de Chalier, amenazado á su vez por la reaccion de los republicanos moderados, se salvó del furor público por aquel mismo Niviere que queria sacrificar. El club central se deshizo, y los miembros que le componian invocaron el auxilio de sus hermanos de Paris. La Convencion decretó que dos batallones marseleses fuesen á restablecer el orden en Lyon, enviando ademas tres comisarios escogidos del seno de la Montaña, que fueron Bazire, Rovere y Legendre; pero varios batallones de Aix y de Marsella que llegaron á Lyon poseidos del espíritu que animaba á la Gironda, fueron acogidos como unos libertadores por la masa de la poblacion, é hicieron temblar y huir á Chalier y á su partido. Los jacobinos, reducidos á la impotencia, resolvieron un 10 de Agosto contra el ayuntamiento, y reapareciendo Chalier, avivó el fuego del club central. «Trescientos romanos —dijo— han jurado dar de puñaladas á los modernos Porsenna, y enterrarse con sus enemigos bajo los escombros de esta nueva Sagunto. ¡Aristócratas, rolandistas, moderados egoistas, temblad! El 10 de Agosto puede aún renacer; las aguas del Saona

y del Ródano arrastrarán bien pronto vuestros cadáveres al mar.» Cusset le respondió desde la cima de la Montaña: «La libertad para nosotros, y la muerte para nuestros enemigos: ved aquí el escrutinio epuratorio de la república». Un banquete patriótico reunió á los jacobinos bajo los árboles de Bellecour el 9 de Mayo; animados por el número y por los aplausos de la multitud, fueron despues de la comida á intimar á la municipalidad que instalase el tribunal revolucionario, pero fueron rechazados.

Otros comisionados más enérgicos de la Convencion llegaron al poco tiempo á esta ciudad; éstos fueron Abitte, Dubois-Crancé, Gauthier y Nioche, que empezaron por imponer á los ricos un empréstito forzoso de seis millones, organizaron un comité de salud pública á imitación del de Paris, decretaron la formacion de un ejército revolucionario, y aumentando con estas medidas la audacia de Chalier, se marcharon en seguida al ejército de los Alpes, dejando la ciudad á merced de aquel comité dictatorial. Este se apresuró á expoliar á los ciudadanos honrados, á armar á sus partidarios y á enviar á la guillotina á sus enemigos. Chalier publicó sus listas bajo el título de *Brújula de los patriotas*. «¡A las armas! ¡a las armas! —exclamó recorriendo las calles á la cabeza de los jacobinos.— ¡Vuestros enemigos han jurado degollar hasta vuestros niños de pecho! ¡Daos prisa á vencerlos, ó se pultaos bajo las ruinas de la ciudad!»

Aquellos gritos feroces resonaron hasta en la Convencion, sublevaron al partido moderado á la voz de la Gironda, y arrancaron un decreto que autorizaba á los ciudadanos de Lyon á repeler la fuerza con la fuerza. «¿Creeis,—dijo Chalier cuando se recibió el decreto,—creeis que este decreto me intimida? No; se levantará conmigo bastante parte de pueblo para herir á veinte mil ciudadanos, y yo me reservo para hincaros el cuchillo en la garganta.» Fué corriendo al club, armó á sus amigos, distribuyó á cada uno media libra de pólvora, indicó el punto de reunion, y preparó el asalto de la casa de la ciudad. Las secciones, advertidas de aquellos designios, se reunieron y se armaron contra los jacobinos. La ciudad se dividió en dos campos. La municipalidad se fué á las filas de los jacobinos, y los representantes del pueblo Gauthier y Nioche entraron en la ciudad de Lyon á la cabeza de dos batallones y dos escuadrones. Las masas de Chalier, armadas de hoces, de picas y de mazas, les precedian, insultando á los ciudadanos armados de las secciones. La sangre empezó á correr. Chalier arengó al club. «¡Marchemos! —les dijo.—Vamos á apoderarnos de los miembros del departamento, de los presidentes y de los secretarios de las secciones. Hagamos con ellos un haz que colocaremos debajo de la guillotina, y despues nos lavarémos las manos en su sangre.»

## XXI

En tanto que las secciones se ponian de acuerdo, la municipalidad jacobina se apoderó del arsenal, se fortificó en él y llenó la casa de la ciudad de cañones, de municiones y de tropas. Los seccionarios, reunidos en número de veinte mil en la plaza de Bellecour, escogieron por jefe á un aparejador de paños llamado Madinier, hombre de un corazón de fuego y de un brazo de hierro. Madinier tomó el arsenal y marchó contra la casa de la ciudad. El representante Nioche quiso interponer su mediacion entre ambos partidos. «Idos de aquí,—le dijo Fremenville,

presidente del departamento.—Vos habeis firmado aquellos infames decretos que atentan á nuestra sangre, y no podemos tener confianza en vos; retiraos. Profesamos como vos el republicanismo, pero queremos la república legal, y no la opresion de una municipalidad. Si quereis que depongamos las armas, retirad vuestras tropas, retirad los cañones y suspended de sus funciones á todo el cuerpo municipal.» Miétras que se negociaba de esta suerte en el arsenal, la municipalidad se habia rodeado de tropas de línea y de grupos de gentes del pueblo en la plaza de Terreaux. Los cadáveres de los primeros seccionarios asesinados en las calles estaban tendidos en los escalones de la casa de la ciudad, ultrajados y mutilados por el pueblo.

Informado Madinier de aquellos excesos, retuvo á Nioche en rehenes, é hizo marchar sus secciones en dos columnas, la una por los diques del Saona, y la otra por los del Ródano, para que se reunieran á la altura de la casa de la ciudad. La cabeza de la columna del dique del Ródano fué destruida á su aproximacion á aquel edificio por una batería situada en el estribo del puente Morand, que barria el dique en toda su extension. Centenares de seccionarios perecieron allí, contándose en este número algunos oficiales realistas y muchos hijos de las principales familias de la nobleza y del comercio de Lyon.

La columna del dique del Saona fué igualmente ametrallada al desembocar sobre la plaza de Terreaux. Esta se replegó y fué á tomar una posicion más resguardada en la plaza de las Carmelitas, frente á la casa de la ciudad, pero casi cubierta por una parte de los edificios. Desde allí, esta columna tiró á bala rasa sobre la casa de la ciudad. Diezmados los jacobinos, huyeron de las salas y se refugiaron en los patios. El representante Gauthier se presentó á los seccionarios para parlamentar, pero se le retuvo en rehenes, como se habia hecho con su colega. Amedrentado entónces al ver el furor de las secciones, firmó la suspension de la municipalidad. Madinier hizo su entrada triunfal á caballo en la casa de la ciudad, y prendió á Chalier y á sus principales cómplices y los condujo á la cárcel por medio de las oleadas de un pueblo indignado, que queria sacrificarlos por sus crímenes. Este triunfo de la Gironda fué el 29 de Mayo, antevíspera del día en que los girondinos, vencedores en Lyon, sucumbian en Paris. Chalier fué condenado á muerte algunos días despues por el tribunal criminal, y desde el interior de su calabozo veía el resplandor de la iluminacion mandada poner en celebridad de la victoria de los moderados. «Estas son las hachas de mis funerales,—dijo.—Los lyoneses cometen una gran falta pidiendo mi muerte. Mi sangre, como la de Jesucristo, caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque yo soy en Lyon el cristo de la revolucion. El cadalso será mi Gólgota, la cuchilla de la guillotina mi cruz, en donde yo moriré bien pronto por la salud de la república.»

Aquel hombre, que aspiraba la sangre por el fanatismo de su demagogia, se mostró el más sensible y el más tierno de los hombres en la soledad del calabozo. Una mujer que le amaba le habia dado una tórtola domesticada, de la cual hizo la compañera de su cautiverio y á la que acariciaba sin cesar. Imágen de inocencia sobre una cabeza llena de sueños sangrientos, el pájaro estaba constantemente sobre los hombros de Chalier. Este, despues de haber oido su sentencia, hizo mil siniestros vaticinios sobre la ciudad. Se le concedió que viese por última vez á sus amigos y á la mujer con quien estaba en relaciones. El mismo los consoló y les

legó todo lo que poseia, sin olvidar la tórtola, que bañó con sus lágrimas. La guillotina que Chalier habia hecho venir de Paris y colocar en la plaza de Terreaux para inmolar á sus enemigos, se estrenó en su cabeza; el crucifijo que alternativa-mente habia adorado y hecho pedazos, no salió de sus manos miétras estuvo en el calabozo; Chalier no cesó de contemplar en él al Dios del suplicio. A las cuatro de la mañana fué sentenciado, y empleó el resto del día en hacer su testamento. Se despidió de los demas presos, y marchó al cadalso con paso firme, mirando al pueblo á derecha é izquierda como para reprenderle su muerte. Al pié del cadalso abrazó á su confesor, imprimió por última vez los labios en el crucifijo, y entregó el cuello al verdugo.



Jornada del 29 de Mayo, 1793, en Lyon.—Pág. 196.

La cuchilla estaba mal afilada, y en vez de cortar de un solo golpe la cabeza de Chalier, cayó y hubo que volverla á levantar hasta cinco veces, sin que en ellas pudiese separar la cabeza del tronco, muriendo más bien despedazado que decapitado. Chalier, con la cabeza medio separada del cuerpo, dirigió una mirada al verdugo como suplicándole abreviase su agonía. Murió al sexto golpe. Saboreó lentamente aquella muerte, cuya sed habia inspirado tantas veces al pueblo. Este se sació de sangre, pero fué de la suya. El pueblo le aborreció al principio, despues lo sintió, y finalmente, le deificó como habia deificado á Marat, hasta que al cabo dió su memoria al olvido ó al horror, como sucede siempre con las de aquellos hombres que sólo respiran furor y horrores en las grandes crisis, en vez de hacer ver al pueblo sus derechos y las virtudes que deben adornarle. La sangre de Chalier, especie de reto hecho á la Convencion, hizo imposible en adelante toda reconciliacion entre los partidos. Lyon no podia someterse ya sino aceptando la venganza de los montañeses. Los lyoneses pasaron de la resistencia á la rebeldía.

## XXII

Los elementos de insurreccion eran numerosos y diversos en aquella ciudad. Destruídos los girondinos, diezmada la Convencion, mutilada en Paris la Representacion nacional el 31 de Mayo, sufrida en un principio y rota al cabo la tiranía anárquica de Chalier y de su populacho, deshecha completamente su fuerza, émula esta ciudad de Toulon y de Marsella respecto á insurrecciones, aniquilado el comercio, perseguidos los sacerdotes, amenazadas las vidas de todos los ciudadanos por la ley de los sospechosos, horrorizados todos los ánimos por el terrorismo que vertía gota á gota la sangre de tantas víctimas ilustres en Paris, y en fin, concentrado el realismo en Lyon como en un asilo adonde llamaba á todos sus partidarios, y desde donde reanudaba sus negociaciones con el extranjero, todo concurría á convertir esta ciudad en la capital contrarrevolucionaria de la república.

Sin embargo, la insurreccion no tremolaba aún descaradamente esta bandera, y se cubría con las apariencias del republicanismo. Los administradores y los presidentes de las secciones que acababan de triunfar en la casa de la ciudad eran hombres de la revolucion adictos al sistema de los girondinos, y que limitaban su ambicion á la esperanza de ensalzar y vengar á los amigos de Vergniaud y de Roland. Los dos diputados de este partido refugiados en Lyon, Chasset y Biroteau, mantenían con sus discursos y sus recriminaciones el espíritu de la Gironda. El gobierno de la ciudad habia tomado las formas de la dictadura, componiéndose de administradores nombrados y delegados por las secciones, y era su título el de comision popular republicana. Estos delegados habian sido nombrados bajo la impresion del horror contra los jacobinos. Se habian escogido para gobernantes los hombres que más se alejaban por sus opiniones de los terroristas, y que por consecuencia se aproximaban más á los contrarrevolucionarios. De un republicano rebelado contra la república, á un realista conspirando contra ella, habia tan poco espacio, que los actos y los hombres no podían dejar tarde ó temprano de confundirse. Una opresion comun se convierte involuntariamente en una causa comun: esto fué lo que sucedió en Lyon, no por instancia de los hombres, sino por la fuerza de las cosas.

La comision popular republicana estaba presidida por Mr. Rambaud, cuyos principios y sentimientos monárquicos eran notorios. Los demas miembros eran *girondinos ó moderados* comprometidos para quienes la sumision á la Convencion no dejaba otra perspectiva que la muerte. El comercio, que no tiene más opinion que su interes, deploraba cada dia la ruina de los negocios, y echaba de ménos secretamente el trono como prenda de trabajo, de crédito y de seguridad. La nobleza y los sacerdotes, refugiados y ocultos en gran número en Lyon, arrojaban leña al fuego, con la esperanza de hacer estallar aquel volcan interior, cuya explosion haria saltar la república, y volveria á abrir el camino de Francia y del trono á los emigrados y á los príncipes proscritos.

## XXIII

Ya hacía mucho tiempo que Lyon era el espejo donde se miraban los realistas emigrados. Tan pronto como esta ciudad rompió con la Convencion, sus emisarios

creyeron que habia roto con la república, y se dejaron ver allí para apoderarse del movimiento y para dirigirlo en sentido realista. El conde de Artois estaba refugiado en Hamm, en el territorio prusiano. En seguida envió al general marqués de Autichamp á Saboya, con orden de estudiar de cerca el carácter de la insurreccion lyonesa, de hacer que la corte de Turin se resolviese, y en tal caso, de hacerle que dirigiese fuerzas imponentes sobre Chambéry.

Otro oficial de la comitiva de aquel príncipe fué enviado á Berna, para decidir á Suiza á declararse contra Francia, y para que reuniese sus fuerzas á las del rey de Cerdeña, á fin de que fuese el golpe más decisivo contra la república. Dos enviados del rey de Cerdeña, el baron de Etolles y el conde de Maistre, este profeta siempre desmentido pero siempre fulminante del antiguo régimen, secundaban en este momento cerca de los cantones helvéticos los esfuerzos de los emigrados. Lord Fitz-Gerald, enviado por el gabinete británico, trabajaba en los cantones en el mismo sentido. Pero los cantones aristócratas de Suiza, amenazados en su propio país por el espíritu revolucionario que fermentaba en ellos, no se atrevían á hacer un movimiento que sería tal vez la señal del desquiciamiento de su constitucion. La corte de Cerdeña, reforzada con ocho ó diez mil austriacos, lanzaba á toda prisa sus principales fuerzas sobre el condado de Niza para cubrir ante todo el Piamonte, contentándose con defender palmo á palmo las gargantas de Saboya contra los batallones poco numerosos de Kellermann. El marqués de Autichamp y los oficiales de Condé no tardaron en reconocer la imposibilidad de poner á los emigrados á la cabeza de un movimiento que conservaba las apariencias del republicanismo. Los realistas de Lyon y del interior se vieron obligados á renunciar á toda idea de una poderosa intervencion extranjera, no quedándoles más esperanzas que en el tiempo, en la prudencia y en la victoria para levantar el trono en Lyon sobre las ruinas del partido girondino. Además de la parte de la poblacion que les era adicta por su modo de pensar, contaban en la ciudad con cuatro mil sacerdotes no juramentados, y con seis mil nobles decididos á tomar las armas contra las tropas de la Convencion.

## XXIV

Toda tentativa de conciliacion era ya tardía. Lyon corrió á las armas. La comision popular republicana hizo que todo se preparase para la defensa, mandó fundir cañones, construir reductos, almacenar provisiones, circular una moneda obsidional por valor de muchos millones, valor de que salía responsable la ciudad, y reclutar un ejército de nueve mil hombres pagados á su costa, rechazando al mismo tiempo, por una deliberacion formal, la Constitucion de 1793. En fin, nombró un comandante general de aquellas fuerzas.

Este general, cuyo nombre, desconocido hasta entónces, era á propósito para tranquilizar á los realistas sin ser muy sospechoso á los republicanos, fué el conde de Precy. Mr. de Precy era un noble del Charolais, antiguo coronel del regimiento de los Vosges, que pertenecía á aquella parte de la nobleza militar que no se habia desnacionalizado por la emigracion, que conservaba el patriotismo del ciudadano unido á la fidelidad del caballero, monárquico por honor, patriota por el espíritu del siglo, y frances por la sangre. Habia servido en Córcega, en Alemania y en la